

y una buena dote después. Su hija de usted y su yerno quedarán, pues, reducidos á veinte mil francos de renta, cuando uno y otro gastaban cincuenta sin estar casados. Esto no es nada. Llegará un día en que mi cliente tendrá que entregar á sus hijos un millón cien mil francos como bienes de su madre, y acaso no los habrá recibido aún, si su mujer ha muerto y la señora vive todavía, lo cual puede ocurrir perfectamente. En conciencia, firmar semejante contrato, ¿no equivale á transigir con la ruina de mañana? ¿Quiere usted hacer la felicidad de su señora hija? Si ella ama á su marido, sentimiento de que no dudamos nunca los notarios, no le faltarán disgustos. Señora, he visto demasiados casos para no prever este, y créame que le espera la miseria. Sí, señora, para gente que necesita cien mil francos de renta, tener sólo veinte mil es estar en la miseria. Si por amor, el señor conde hiciese esta locura, su mujer le arruinaría al pedirle su dote el día que ocurriera un disgusto. Yo pleiteo aquí por usted, por ellos, por sus hijos, por todo el mundo.

—El buen hombre ha hecho fuego con todos sus cañones—pensó Solonet dirigiendo una mirada á su cliente como para decirle:—¡Adelante!

—Existe un medio de conciliar estos intereses—respondió con tranquilidad la señora Evangelista.—Puedo reservarme únicamente la pensión necesaria para entrar en un convento, y así mi hija tendrá mis bienes desde ahora. Puedo renunciar al mundo, si mi muerte anticipada asegura la dicha de mi hija.

—Señora—dijo el anciano notario—vayamos con calma y tomémos el tiempo necesario para pensar maduramente en el partido que ha de conciliar todas las dificultades.

—Pero, caballero—dijo la señora Evangelista que veía su pérdida en una demora—todo está pensado. Yo ignoraba lo que es un casamiento en Francia; soy española y criolla. No sabía que antes de casar á mi hija había de ser necesario saber el número de días que Dios me ha de conceder aún; que mi hija se perjudicaría con mi vida y que hago mal en vivir y peor con haber vivido. Cuando mi marido se casó conmigo, yo no tenía más que mi nombre y mi persona. Mi nombre únicamente valía para él tesoros al lado de los cuales eran insignificantes los suyos. ¿Qué fortuna iguala á un gran nombre? Mi dote era la hermosura, la virtud, la dicha, el

nacimiento y la educación. ¿Se adquieren con dinero estos tesoros? Si el padre de Natalia oyese esta conversación, su alma generosa se afectaría de tal modo, que sería ya imposible su dicha en el paraíso. Locamente, sin duda, he disipado algunos millones, sin que nunca sus cejas se hayan contraído. Después de su muerte, me hice económica y arreglada en comparación de la vida que él quería que hiciese. ¡Rompamos, pues! ya que el señor de Manerville está tan contrariado porque yo...

Ninguna onomatopeya podría producir la confusión y el desorden que la palabra «rompamos» introdujo en la conversación; baste saber que aquellas cuatro personas tan bien educadas, hablaron todas á la vez.

—Se casan en España á la española ó como se quiere; pero se casan en Francia á la francesa, razonablemente y como se puede—decía Matías.

—¡Ah! señora—exclamó Pablo saliendo de su estupor,—usted ha interpretado mal mis sentimientos.

—No se trata aquí de sentimientos—dijo el anciano notario queriendo detener á su cliente—aquí se discuten los intereses de tres generaciones. ¿Acaso hemos comido nosotros los millones que faltan, ni pedimos nada que no sea resolver dificultades de que somos inocentes?

—Cáselos usted y no regatee de ese modo—exclamó Solonet.

—¡Regatear! ¡regatear! ¡Llamáis regatear á defender los intereses de los hijos, del padre y de la madre?—decía Matías.

—Sí—siguió diciendo Pablo á su suegra;—deploro las disipaciones de mi juventud que no me permiten ventilar esta discusión con una palabra, del mismo modo que usted deplora su ignorancia en los negocios y su involuntario desorden. Dios es testigo de que no pienso en este momento en mí; una vida sencilla en Lanstrac no me asusta; pero ¿no es necesario que Natalia renuncie también á sus gustos y á sus costumbres? Sí, y esto es lo que deseamos evitar.

—¿Pues de dónde sacaba los millones Evangelista?—dijo la viuda.

—El señor Evangelista tenía negocios, ejercía el comercio, expedía navíos y ganaba sumas considerables; mientras que mi cliente es un propietario cuyo capital es fijo y cuyas rentas son inflexibles—respondió vivamente el anciano notario.

—Existe aún un medio de conciliarlo todo—dijo Solonet, que con esta frase, proferida en tono de falsete, impuso silencio á los otros tres, atrayéndose sus miradas y su atención.

Este joven se parecía al hábil cochero que lleva las riendas de un tiro de cuatro caballos y que se divierte en animarlos y en retenerlos á su gusto. Descadenaba las pasiones, las calmaba una á una haciendo sudar á Pablo, cuya vida y felicidad se veían á cada paso torturadas, y su cliente no podía ver claro á través de los laberintos de la discusión.

—La señora Evangelista—dijo Solonet después de una pausa—puede ceder desde hoy las inscripciones al cinco por ciento y vender su palacio. Yo haré de modo que pueda venderse en trescientos mil francos, haciendo la venta por lotes; adquiriendo este precio el palacio, os podrá entregar ciento cincuenta mil francos más. De modo que la señora os dará inmediatamente novecientos cincuenta mil francos. Si bien es verdad que no es esto todo lo que debe á su hija, ¿se encuentran muchas dotes semejantes en Francia?

—Bien—dijo maese Matías—¿y qué será de la señora?

Al oír esta pregunta que suponía un asentimiento, Solonet se dijo para sus adentros:

—Vamos, viejo zorro, ¡ya estás cogido!

—¡La señora...!—respondió en voz alta el joven notario—la señora guardará para sí los cincuenta mil francos de pico que quedan del precio de su palacio. Esta suma, unida al producto de su mobiliario, puede colocarse en rentas vitalicias, y así le procurará veinte mil francos de renta. El señor conde le cederá habitación en su casa. Lanstrac es grande. Usted tiene un palacio en París—dijo dirigiéndose directamente á Pablo—y su señora suegra puede vivir siempre en compañía de ustedes. Una viuda que, sin tener que sufragar los gastos de una casa, posee veinte mil francos de renta, es más rica de lo que lo era la señora cuando gozaba de toda su fortuna. La señora Evangelista no tiene más que á su hija, el señor conde es también hijo único, los herederos tardarán aún en llegar, y, por lo tanto, no hay que temer ninguna colisión de intereses. La suegra y el yerno que se encuentran en las mismas condiciones que ahora ustedes, forman siempre una misma familia. La señora Evangelista compensará el déficit actual con los beneficios de su pensión de veinte mil francos de renta vitalicia, que ha de ayudar mu-

cho á vuestra existencia. Sabido es que la señora es demasiado generosa y demasiado grande para suponer que quiera ser una carga para sus hijos. De este modo vivirán unidos, felices, pudiendo disponer de cien mil francos al año, suma suficiente para poder gozar, en cualquier país, de las comodidades de la existencia y para satisfacer todos los caprichos, ¿no es verdad, señor conde? Y, créame usted, los recién casados sienten frecuentemente la necesidad de un tercero en su hogar. Ahora pregunto yo, ¿qué mejor tercero que una buena madre?

Oyendo hablar á Solonet, Pablo creía oír á un ángel. Miró á Matías para saber si participaba de su admiración por la calurosa elocuencia de Solonet, pues ignoraba que bajo sus fingidos entusiasmos, los notarios, lo mismo que los abogados, ocultan la frialdad y la atención continua de los diplomáticos.

—¡Un pequeño paraíso!—exclamó Pablo.

Estupefacto al ver la alegría de su cliente, Matías fué á sentarse en una otomana, y, con la cabeza entre las manos, se entregó á meditaciones evidentemente dolorosas. La torpe fraseología con que las gentes de negocios acostumbran á envolver su malicia, le era conocida, y no era hombre para dejarse coger. Empezó á mirar, á hurtadillas, á su colega y á la señora Evangelista, que continuaban hablando con Pablo, y procuró sorprender algunos indicios del complot cuya trama, tan sabiamente urdida, empezaba á verse.

—Caballero—dijo Pablo á Solonet—doy á usted las gracias por los cuidados que se toma por conciliar nuestros intereses. Esta transacción resuelve todas las dificultades más felizmente de lo que yo me esperaba, siempre que lo convenga usted, señora—dijo Pablo volviéndose hacia la señora Evangelista,—pues yo no deseo nada que pueda parecerle á usted perjudicial.

—Á mí todo lo que contribuya á la dicha de mis hijos, me colmará de alegría—dijo la viuda.—Conmigo no cuenten ustedes para nada.

—No, eso no puede ser—dijo vivamente Pablo.—Si su existencia no quedase honrosamente asegurada, Natalia y yo sufriríamos más de lo que pudiese sufrir usted misma.

—No se inquiete usted, señor conde—repuso Solonet.

—¡Ah!—pensó Matías—van á hacerle besar el látigo que ha de servir luego para azotarle.

—Tranquilizaos—decía Solonet,—se hacen actualmente tantas especulaciones en Burdeos, que la colocación del dinero á interés se puede efectuar en condiciones ventajosísimas. Después de haber separado del precio del palacio y del mobiliario los cincuenta mil escudos que nosotros deberemos á usted, creo poder garantizar á la señora que le quedarán doscientos cincuenta mil francos. Yo me encargo de colocar esta suma en préstamos con primera hipoteca sobre bienes que valgan un millón, y de obtener el diez por ciento, ó sea veinticinco mil francos de renta. De esa manera, los dos esposos llevarán fortunas iguales. En efecto, contra los cuarenta y seis mil francos de renta de usted, la señorita Natalia aporta cuarenta mil francos de renta al cinco por ciento, y ciento cincuenta mil francos en dinero, susceptibles de dar siete mil francos de renta: total, cuarenta y siete.

—Pero si eso es evidente—dijo Pablo.

Al acabar esta frase, Solonet dirigió á la viuda una mirada obliqua que fué vista por Matías, y que quería decir:

—Lance usted la reserva.

—¡Dios mío!—exclamó la señora Evangelista en un acceso de alegría que parecía natural—pero si yo puedo dar además á Natalia mis diamantes, que deben valer lo menos cien mil francos.

—Podemos hacer que los tasen—dijo el notario—y esto cambiaría por completo la tesis. Nada se opone, entonces, á que el señor conde reconozca haber recibido la totalidad de las sumas que pertenecen á la señorita Natalia por la herencia de su padre, y á que los futuros esposos prescindan, desde luego, en el contrato de las cuentas de tutela. Si la señora, despojándose con lealtad verdaderamente española, da los cien mil francos que promete, nada más justo que aprobar sus cuentas de tutora.

—Nada más justo, en efecto—dijo Pablo—y, á decir verdad, me confunde su proceder generoso.

—¿Acaso no es mi hija otra yo misma?—dijo la señora Evangelista.

Maese Matías percibió una expresión de alegría en el rostro de la señora Evangelista, cuando vió las dificultades próximas á desaparecer; aquella alegría y el olvido de los diamantes, que habían llegado como tropas frescas, le confirmaron en sus sospechas.

—La escena estaba preparada entre ellos, como los jugadores preparan las cartas para una partida en que han de arruinar á algún infeliz—se dijo el anciano notario.—Este pobre muchacho á quien he visto nacer, ¿será desplumado en vida por su suegra, asado por el amor y devorado por su mujer? Yo, que tan bien he administrado sus tierras, ¿he de consentir que se las arrebaten de un sólo golpe? ¡Tres millones y medio que van á ser hipotecados por un millón cien mil francos de dote que estas mujeres no tardarán en comerse!

Al descubrir en el alma de esta mujer intenciones que, sin tener nada de pérfidas, de criminales, de estafadoras, ni de ningún sentimiento malo ni vituperable, llevaban en sí, no obstante, todos los crímenes en germen, maese Matías no experimentó ni dolor, ni generosa indignación. Él no era el Misántropo, era un anciano notario acostumbrado en su oficio á los diestros cálculos de las gentes del mundo, á esas hábiles traiciones, más funestas siempre que el franco asesinado del pobre diablo que sale al camino y que es después guillotinado con gran aparato. Para la alta sociedad, estos pasajes de la vida, estos congresos diplomáticos, son como los rincones sucios en que en cada casa se arroja la basura. Lleno de piedad por su cliente, maese Matías dirigía una profunda mirada hacia el porvenir y no veía en él nada bueno.

—Entremos en campaña con las mismas armas, y batámosles.

En este momento, Pablo, Solonet y la señora Evangelista, molestados con el silencio del anciano, comprendieron cuán necesaria era la aprobación de este censor para sancionar esta transacción, y los tres le miraron simultáneamente.

—Y bien, mi querido señor Matías, ¿qué piensa usted de esto?—le dijo Pablo.

—He aquí lo que pienso—respondió el intratable y concienzudo notario.—Usted no es bastante rico para hacer locuras regias. La tierra de Lanstrac, estimada al tres por ciento, representa más de un millón comprendiendo en ella el mobiliario; las quintas del Grassol y de Guadet, y el cercado de Bella-Rosa, valen otro millón; los dos palacios y su mobiliario, un tercer millón. Contra estos tres millones que dan cuarenta y seis mil francos de renta, la señorita Natalia aporta ochocientos mil francos en papel del Estado, y, su-

pongamos, cien mil francos en diamantes (¡que me parece un valor hipotético!), además, ciento cincuenta mil francos en dinero, que suman en total un millón cincuenta mil francos. En presencia de estos hechos, mi colega dice gozosamente que la fortuna de los dos esposos es igual. Quiere que el esposo quede gravado en su fortuna con la suma de cien mil francos, toda vez que reconocerá á su mujer, por la susodicha cuenta de tutela, una dote de un millón ciento cincuenta y seis mil francos, cuando sólo habrá recibido un millón cincuenta mil; usted escucha semejantes pataratas con la admiración de un enamorado, y cree que maese Matías, que no está enamorado, ha de olvidar la aritmética y no ha de señalar la enorme diferencia que existe entre rentas territoriales, cuyo capital es enorme y va creciendo, y las rentas de la dote, cuyo capital está sujeto á cambios y á disminuciones de interés. Yo soy bastante viejo, y he visto el dinero disminuir y las tierras aumentar. Señor conde, usted me llamó para estipular sus intereses; déjeme usted defenderlos ó despidame.

—Si el señor busca una fortuna igual á la suya—dijo Solonet—nosotros no tenemos tres millones y medio. Eso es evidente. Si ustedes poseen tres abrumadores millones, nosotros sólo podemos ofrecerles nuestro pobre milloncito, casi nada, tres veces la dote de una archiduquesa de la casa de Austria. Bonaparte recibió doscientos cincuenta mil francos cuando se casó con María Luisa.

—Pero María Luisa perdió á Bonaparte—dijo maese Matías refunfuñando.

La madre de Natalia comprendió el sentido de esta frase.

—Si mis sacrificios no sirven de nada—exclamó—no creo conveniente llevar más adelante semejante discusión, cuento con la discreción de este caballero, y renuncio al honor de su mano para mi hija.

Después de las evoluciones que el joven notario había prescrito, esta batalla de intereses había llegado al punto en que la victoria tenía que pertenecer á la señora Evangelista. La suegra había abierto su corazón, entregaba sus bienes, y de nada, por lo tanto, podía acusársele. So pena de faltar á las leyes de la generosidad y de negar su amor, el futuro esposo tenía que aceptar aquellas condiciones planteadas de antemano entre maese Solonet y la señora Evangelista.

Como una aguja de reloj movida por sus ruedas, Pablo llegó fielmente al punto que se le tenía señalado.

—¡Cómo, señora!—exclamó Pablo—¿sería usted capaz de romper en un momento...?

—Pero, caballero—respondió la española—¿á quién debo yo? á mi hija. Cuando ésta tenga veintiún años, recibirá mis cuentas y las aprobará. Poseerá un millón y podrá, si quiere, escoger entre los hijos de todos los pares de Francia. ¿No es hija de una Casa-Real?

—La señora tiene razon. ¿Por qué ha de consentir que la molesten hoy, si dentro de catorce meses se ha de ver libre de toda incomodidad? No la prive usted de los beneficios de su maternidad—dijo Solonet.

—Matías—exclamó Pablo con profundo dolor—hay dos clases de ruinas, y usted me está perdiendo en este momento.

Y dió un paso hacia él para decirle, sin duda, que quería que el contrato se redactase en el acto. El anciano notario contuvo aquel mal paso con una mirada que quería decir: Espere usted. Después vió lágrimas en los ojos de Pablo, lágrimas que le arrancaba la vergüenza que le producía este debate y la frase perentoria de la señora Evangelista que anunciaba una ruptura, y las secó con un gesto equivalente á aquel grito de Arquímedes: ¡Eureka! La palabra *par de Francia* había sido para él como una antorcha en un subterráneo.

Natalia apareció en este momento resplandeciente como una aurora, y dijo con aire infantil:

—¿Estorbo?

—Y mucho, hija mía—le respondió su madre con cruel amargura.

—Venga usted, mi querida Natalia—dijo Pablo tomándola por la mano y llevándola á un sofá próximo á la chimenea—¡todo está arreglado!

A Pablo le era imposible soportar la idea de ver perdidas todas sus esperanzas.

Matías repuso vivamente:

—Sí, aun se puede arreglar todo.

Como el general que, en un momento, derriba las combinaciones preparadas por el enemigo, el anciano notario había visto al genio que preside al notariado marcándole con caracteres legales una concepción capaz de salvar el porvenir

de Pablo y el de sus hijos. Maese Solonet no concebía ningún desenlace que venciese las dificultades, más que la resolución inspirada al joven por el amor, y á la que le había conducido aquella tempestad de sentimientos y de intereses contrariados; por esta razón quedó extraordinariamente sorprendido al oír la exclamación de su colega. Curioso por conocer el remedio que maese Matías podía encontrar para un estado de cosas que á él le parecía perdido sin apelación, le dijo:

—¿Qué propone usted?

—Natalia, querida hija mía, déjanos solos—dijo la señora Evangelista.

—La señorita no estorba—respondió maese Matías sonriendo.—Voy á hablar, no sólo en interés del señor conde, sino también en beneficio de ella.

Reinó un profundo silencio después de estas palabras, durante el cual, llenos todos de agitación, esperaban la improvisación del anciano con indecible curiosidad.

—Hoy—repuso el señor Matías después de una pausa—la profesión de notario ha cambiado de aspecto. Hoy, las revoluciones políticas influyen en el porvenir de las familias, cosa que no ocurría en otro tiempo. Antes, las existencias estaban definidas y el rango social estaba determinado...

—No hemos venido aquí á estudiar un curso de economía política, sino á hacer un contrato de matrimonio—dijo Solonet dejando escapar un gesto de impaciencia é interrumpiendo al anciano.

—Ruego á ustedes á mi vez que me permitan hablar—repuso Matías.

Solonet fué á sentarse en una otomana, diciendo en voz baja á la señora Evangelista:

—Ahora va usted á ver lo que nosotros llamamos un *galimatías*.

—Los notarios están, pues, obligados á seguir la marcha de los negocios políticos, que están ahora íntimamente ligados con los negocios particulares. He aquí un ejemplo: Antes, las familias nobles poseían fortunas inalienables que las leyes de la Revolución han destruído y que el sistema actual tiende á reconstituir—repuso el anciano notario entregándose de este modo á la facundia del *tabellionaris boa constrictor* (el notario boa).—Por su nombre, por su talento y por su fortuna, el señor conde está llamado un día á sentarse en la

cámara electiva. Su destino le llevará acaso á la cámara hereditaria, y yo veo en él medios suficientes que justifican mis opiniones. ¿No participa usted de mis ideas, señora?—le dijo á la viuda.

—Ha presentido usted mi más risueña esperanza—le contestó ésta.—Manerville será par de Francia ó yo moriré de pesar.

—¿Y todo lo que pueda encaminarnos á ese fin...?—dijo maese Matías interrogando á la astuta suegra con un gesto de candidez.

—Es mi mayor deseo—respondió la viuda contestando á la interrogación del notario.

—Pues bien—repuso Matías,—¿no da este matrimonio oportunidad natural para fundar un mayorazgo? fundación que, á decir verdad, ha de influir en el ánimo del gobierno actual para el nombramiento de mi cliente, tan pronto como haya elecciones. El señor conde ha de consagrar necesariamente al mayorazgo la tierra de Lanstrac, que vale un millón. No pido que la señorita contribuya á esta fundación con una suma igual, pues eso sería injusto; pero podemos afectar á él ochocientos mil francos de su dote. Conozco en este momento dos dominios que están próximos á la tierra de Lanstrac, para cuya compra los ochocientos mil francos que han de emplearse en adquisiciones territoriales vendrían como anillo al dedo. El palacio de París debe quedar comprendido también en la institución del mayorazgo. El resto de las dos fortunas, sabiamente administrado, bastará para el establecimiento y dotación de los demás hijos. Si las partes contratantes aceptan estas disposiciones, el señor conde puede aprobar vuestra cuenta de tutela y salir responsable de ella. ¡Yo se lo consiento!

—*Questa coda non e di questo gatto* (esta cola no es de este gato)—exclamó la señora Evangelista mirando á su padrino Solonet y señalando á Matías.

—Aquí hay gato encerrado—le dijo á media voz Solonet respondiendo con este dicho español á su proverbio italiano.

—¿Para qué todo ese barullo?—preguntó Pablo á Matías llevándole al saloncito.

—Para evitar su ruina de usted—le dijo en voz baja el anciano notario. Usted quiere casarse á toda costa con una hija y una madre que se han comido cerca de dos millones en siete años, y contrae usted con sus hijos una deuda de

más de cien mil francos, toda vez que tendrá que responderles de un millón ciento cincuenta y seis mil francos de su madre, cuando hoy apenas recibe usted un millón. Se arriesga usted á ver su fortuna devorada en cinco años y á quedar desnudo como un san Juan, siendo además deudor de enormes sumas á su mujer de usted ó á sus herederos. Si quiere usted embarcarse en esta galera, adelante, señor conde; pero deje al menos que su viejo amigo salve la casa de Manerville.

—Y ¿cómo la salva usted de ese modo?—preguntó Pablo.

—Escuche usted, señor conde, usted está enamorado.

—Sí.

—Un enamorado es, poco más ó menos, tan discreto como un cañonazo, y no le digo más. Si usted hablase, su boda acaso no se llevaría á cabo. Pongo su amor bajo la protección de mi silencio. ¿Tiene usted confianza en mi adhesión?

—¡Vaya una pregunta!

—Pues bien, sepa usted que la señora Evangelista, su notario y su hija nos la tienen armada por bajo cuerda, y son más que diestros. ¡Pardiez! ¡vaya un fuego graneado!

—¿Natalia?—exclamó Pablo.

—No pondría mis manos en el fuego por ella—dijo el anciano.—¿Usted lo quiere? sea. Pero me gustaría ver deshecho este matrimonio sin que nadie pudiese achacar á usted la culpa de ello.

—¿Por qué?

—Esa muchacha sería capaz de consumir el Perú. Además, monta á caballo como un jinete del Circo y está casi emancipada; esta clase de muchachas suelen hacer malas mujeres.

Pablo estrechó la mano de maese Matías y le dijo con cierto aire de fatuidad:

—¡No tenga usted cuidado! Pero, por el momento, ¿qué debo hacer?

—Mantenerse firme en estas condiciones, pues ellos las aceptarán porque no hieren ningún interés. Por otra parte, la señora Evangelista no desea otra cosa que casar á su hija; yo he visto su juego, y aconsejo á usted que desconfíe de ella.

Pablo entró en el salón, en donde vió que su suegra hablaba en voz baja con Solonet, del mismo modo que había hablado él con Matías. Alejada de estas dos conferencias

secretas, Natalia jugaba con el abanico de la chimenea. Bastante contrariada con su posición, se preguntaba:

—¿Por qué no me enterarán de mis asuntos?

El joven notario apreciaba en conjunto el efecto lejano de una estipulación basada en el amor propio de las partes, y en la que su cliente se le había entregado por completo. Y si Matías no era más que notario, Solonet era aún un poco hombre y llevaba los negocios con cierto amor propio juvenil. Ocorre muchas veces que la vanidad personal hace olvidar á un joven los intereses de su cliente. En esta circunstancia, maese Solonet, que no quiso dejar creer á la viuda que Nestor batía á Aquiles, le aconsejó que aceptase inmediatamente aquellas bases. Poco le importaba la futura liquidación de aquel contrato; para él, las condiciones de la victoria eran dejar á la señora Evangelista libre de cuentas, su existencia asegurada y á Natalia casada.

—Mañana sabrá todo Burdeos que usted da un millón cien mil francos á Natalia y que os quedan aún veinticinco mil de renta—dijo Solonet al oído á la señora Evangelista.

—No creí que pudiese obtener tan hermoso resultado. Pero explicadme el por qué la creación de ese mayorazgo apacigua tan rápidamente la tormenta.

—Desconfían de usted y de vuestra hija. Un mayorazgo es inalienable. Ninguno de los esposos puede tocar en él.

—Eso es indudablemente injurioso.

—No. Nosotros llamamos á eso previsión. El buen hombre la ha cogido á usted en un lazo. Si usted se negase á constituir ese mayorazgo, nos diría: «Por lo visto, ustedes quieren disipar la fortuna de mi cliente, que, por la creación del mayorazgo, está fuera del alcance de todo ataque y como si los esposos se casasen bajo el régimen dotal».

Solonet calmó sus propios escrúpulos diciéndose:

—Estas estipulaciones sólo surten efecto en el porvenir, y entonces la señora Evangelista estará ya muerta y enterrada.

En este momento la señora Evangelista se contentó con las explicaciones de Solonet, en quien tenía completa confianza. Por otra parte, desconocía las leyes; veía á su hija casada, y se daba por satisfecha, entregándose desde entonces á la alegría del éxito. Como se había imaginado Matías, ni Solonet ni la señora Evangelista comprendían aun en toda su extensión su concepción apoyada en razones inatacables.

—Señor Matías, no hay mal que por bien no venga—dijo la viuda.

—Señora, si usted y el señor conde aceptan estas bases, pueden ustedes quedar apalabrados. Queda aceptado—dijo mirando á uno y á otra—que el matrimonio tendrá lugar bajo la base y compromiso de constituir un mayorazgo com- puesto de la tierra de Lanstrac y del palacio situado en la calle de la Pepiniere, pertenecientes al futuro esposo; *item*, de ochocientos mil francos en dinero tomados de la dote de la futura esposa y que han de ser empleados en tierras, ¿no es verdad? Señora, dispéñeme usted esta repetición; pero se hace necesario un compromiso positivo y solemne. La constitución de un mayorazgo exige formalidades, trabajos en la cancillería y una real orden, y tenemos que llevar á cabo en seguida la adquisición de las tierras, á fin de com- prenderlas en la designación de bienes que la real orden tiene la virtud de hacer inalienables. En muchas familias se hace un contrato, pero entre ustedes con un simple con- sentimiento bastará. ¿Consienten ustedes?

—Sí—dijo la señora Evangelista.

—Sí—dijo Pablo.

—¿Y yo?—dijo Natalia riéndose.

—Usted, señorita, es menor de edad y no le pese—res- pondió Solonet.

Entonces quedó convenido que maese Matías redactara el contrato, que Solonet minutaría la cuenta de tutela, y que, siguiendo la costumbre, las actas se firmarían algunos días antes de la celebración del matrimonio. Después de algunos saludos, los dos notarios se levantaron.

—Está lloviendo, Matías, ¿quiere usted que le acompañe?

—dijo Solonet.—Tengo abajo mi cabriolé.  
—Mi coche está á su disposición—dijo Pablo manifes- tando intención de acompañar al buen hombre.

—No quiero robar á usted ni un instante—dijo el an- ciano.—Acepto la proposición de mi colega.

—Vaya—dijo Aquiles á Nestor cuando el cabriolé rodaba por las calles—ha estado usted verdaderamente patriarcal. Indudablemente esos jóvenes se hubieran arruinado.

—Me asustaba su porvenir—dijo Matías guardando se- creto sobre los motivos de su proposición.

En este momento los dos notarios se parecían á dos acto- res que se dan la mano entre bastidores después de haber

deseñado en las tablas una escena de odiosas provoca- ciones.

—Pero—dijo Solonet que pensaba entonces en las cosas del oficio—¿no me toca á mí adquirir las tierras de que usted ha hablado? ¿No se trata de emplear la dote de mi cliente?

—Pero ¿cómo quiere usted hacer comprender en un mayo- razgo establecido por el conde de Manerville los bienes de la señora Evangelista?—le respondió Matías.

—La cancillería nos resolverá esta dificultad—dijo So- lonet.

—Pero ¿no ve usted que soy el notario del vendedor y del comprador?—respondió Matías.—Por otra parte, el señor conde de Manerville puede comprar en su nombre. Cuando perciba los bienes de su mujer, ya haremos mención del empleo de los fondos totales.

—Para todo tiene usted respuesta—le contestó Solonet riéndose.—Esta tarde ha estado usted sorprendente y nos ha derrotado á todos.

—Para tratarse de un viejo que no se esperaba sus bate- rías de usted cargadas con metralla, no he estado del todo mal, ¿eh?

—Vaya—dijo Solonet.

La odiosa lucha en que la dicha material de una familia había corrido tan peligroso riesgo, no era para ellos más que una cuestión de polémica notarial.

—De algo han de servirme cuarenta años de experien- cia—dijo Matías.—Escuche usted, Solonet—repuso,—me gusta favorecer al compañero, y por lo tanto, podrá usted asistir al contrato de venta de las tierras que han de unirse al mayorazgo.

—Gracias, mi buen Matías, ya sabe usted que estoy á la recíproca.

Mientras que los dos notarios se iban apaciblemente, sin más emoción que un poco de irritación en la garganta, Pablo y la señora Evangelista eran presa de esa trepidación de nervios, de esa agitación precordial de que acostumbran á resentirse las gentes apasionadas después de una escena en que sus sentimientos y sus intereses han estado violenta- mente sacudidos. En la señora Evangelista, los últimos rugi- dos de la tempestad habían ido acompañados de una terrible reflexión, de una importante duda que quería esclarecer.

—¿No habrá destruído maese Matías, en algunos minutos,